

Amadísimos fieles

El domingo pasado repetíamos una vez más aquella pregunta que la venimos haciendo desde hace tiempo - quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? -y la hacíamos dirigiéndonos a los contemporáneos de Cristo, a sus inmediatos sucesores que sin vacilaciones ni ambigüedades todos a una, con Pedro a la cabeza nos dicen que Jesús es un hombre justo y santo, ungido por Dios del Espíritu Santo y de poder, que iba por aquí y por allí haciendo el bien por doquier curando a todos los poseídos por el demonio, de quien Dios ha rendido testimonio haciendo por el prodigios y milagros y a quien le ha resucitado de entre los muertos y le ha hecho Señor y Cristo. Esta es la suma y la síntesis de la predicación apostólica como puede verse recorriendo las páginas de los Hechos de los Apóstoles.

Y en esta predicación, cuyos comienzos tienen lugar en el mismo corazón del pueblo hebreo y cuyos frutos se cosechan precisamente entre los elementos más espirituales y religiosos de aquel pueblo hebreo tan celoso e intransigente defensor del monoteísmo, del culto absoluto y exclusivo de Jahvé, se sustituye Cristo a ese Dios, pues el don de la salvación que en todo el Antiguo Testamento se atribuye a Jahvé, ahora lo departe Cristo a quien quiere. En su nombre realiza el hombre los milagros, obtiene la remisión de los pecados y ante su tribunal resurgen vivos y muertos. Es el Señor de todos y sentado a la diestra del Dios Padre El envía al Espíritu Santo. Como veis, queridos fieles, Cristo es presentado como Dios y es adorado como Jahvé por los primeros cristianos, por los mismos judíos y hebreos convertidos. Si así obraron como nos consta documentalmente, lógico es pensar que sus razones tendrían. Se convencieron por una experiencia inmediata de que Cristo no podría ser mero hombre.

Y qué pasa fuera de Palestina? Allá por Efeso, Corinto, Atenas, Roma etc.. en todas partes estaba extendida la práctica de adorar a Cristo como a Dios. Entre otros documentos poseemos, como os decía el último domingo, la autorizadísima -autorizada por ser de principios del siglo segundo, del año 110 al 113 y por ser de un pagano, ajeno a nuestro idario religioso -carta de Plinio, Procurador Romano del Asia Menor que dirigiéndose a Trajano le dice que los cristianos son hombres que adoran a un tal Cristo como a Dios.

No hay, pues, lugar a ese proceso de idealización y divinización del Cristo histórico que al cabo de tiempo fué tenido por Dios. Cristo desde su Ascensión a los cielos es presentado y adorado por los fieles, tanto judíos como paganos como Dios. Podríamos al llegar a este momento ir analizando los diversos razonamientos, los más de ellos puramente apriorísticos y desprovistos de fundamento de nuestros adversarios, pero más oportuno y útil que enrejarnos en disquisiciones y sutilezas históricas y terminológicas, me parece a mí exponer la realidad histórica de Cristo a través de los dos mil años de Cristianismo. Realidad y supervivencia de Cristo a través de los veinte siglos de Cristianismo que es un argumento valiosísimo de su divinidad. Nosotros mismos somos testigos con la Historia en las manos de la palpitante actualidad de Cristo en todas las épocas y en todas las latitudes, actualidad de Cristo que se traduce, no en una simple celebridad capaz de despertar la curiosidad o a lo sumo la admiración de las gentes, sino en un reinado efectivo de Cristo en las inteligencias, en los corazones, en las almas de veinte generaciones que le han sucedido.

Jamás, queridos fieles, jamás desde aquel glorioso amanecer de su gloriosísima resurrección han faltado almas inquietas, corazones hambrientos que buscaban a Cristo con ansia de poseerle. En otra mañana no menos gloriosa subió Cristo a los cielos, se ausentó del mundo, pero a pesar de esa ausencia Cristo sigue viviendo entre nosotros, parece como que de su persona siguen manando corrientes ocultas que reaniman a las almas, a los hombres que a pesar de su ausencia no han sucumbido por ^{ni han} el desfallecimiento. Y así esta actualidad de Cristo des-

que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

... que es una prueba más de su diuinidad

pues de su muerte y de su ausencia, tan grande contraste ofrece con lo que sucede ordinariamente, generalmente, infaliblemente entre los hombres que el gran Napoleón recluido en Santa Elena, profundamente impresionado por este pensamiento decía al general Bertrand: "... Esto es lo que más admiro, y lo que me prueba de un modo irrefutable la divinidad de Cristo. Yo supe también enardecer a las muchedumbres que por mí corrían a la muerte. Pero para encender en su corazón el fuego sagrado era necesaria mi presencia, la chispa de mis ojos, mi voz, mi palabra. En mí está la fuerza mágica capaz de arrastrar a los hombres, pero no la puedo transmitir a otro; no puedo comunicarla a mis generales, y no conozco el secreto de perpetuar mi nombre ni el amor a mi persona en el corazón de los hombres, no se obrar milagros sin la ayuda de la materia". Los héroes; los artistas, los caudillos tienen su resonancia pero siempre es limitada en espacio y en tiempo. La suerte final de todos ellos es la misma: tarde o temprano caen en el olvido. Hay una sola excepción de la ley general y humana del olvido, de la ley que no admite excepciones: Nuestro Señor Jesucristo, que después de muerto reina y reina en las inteligencias, en los corazones y en las almas.

Si, queridos fieles, Jesucristo después de su muerte reina en las 1) inteligencias.

Reinar como Dios en las inteligencias es someterlas a la palabra del que habla, no porque esta palabra sea evidente, luminosa, persuasiva, arrastrante, sino porque es su palabra, la palabra que de El proviene. Nada de extraño tiene que los oradores, los poetas con la fuerza de la palabra que de su boca sale, penetren, conmueven, exalten y lleven tras sí a los oyentes. Reinar como Dios en las inteligencias, es de parte del que habla, infundir un convencimiento tan profundo de su infalibilidad, que le basta para ser creído.

Y esta es la autoridad que Cristo ha adquirido sobre la inteligencia humana, la frase: Jesucristo lo ha dicho, basta para que sea aceptado, en toda su extensión, el Evangelio con sus dogmas que la razón no alcanza, y con preceptos morales en extremo duros para la naturaleza corrompida. Hace veinte siglos que Jesucristo dirige los espíritus con autoridad absoluta por medio de las luces de la fe: esta luz los ha traído a El mediante un poder que le es personal, pues su lenguaje carece de exornación y artificio, y las verdades que impone se ofrecen en toda su incomprendibilidad. La historia y la filosofía, la elocuencia y el arte le reconocen como a su propio Rey y aceptan sus enseñanzas. Todos los sabios están en íntima relación con El y con El han de convenir a su manera: el filósofo que quiera interrogar la causa primera y fijar las leyes que rigen el mundo de los espíritus: el historiador al que los documentos ponen en presencia de un hombre situado en el espacio y en el tiempo, el cual se declara el enviado de Dios y el Hijo de Dios, el moralista que se apercibe tarde o temprano de que las reglas de honestidad y de justicia han sido recapituladas y absorbidas por el discurso de la montaña, que han sido escritas dentro de un marco sobrenatural del que no pueden ser desplazadas, que han recibido un sello divino, inalterable que les da certidumbre y valor.... todos absolutamente todos los hombres que buscan la verdad, la encuentran al fin y al cabo en Cristo. La fe en Cristo es la fe de Dante y de Tasso, de Milton de San Agustín, Sto. Tomás de Aquino, de Bossuet, de Fenelón, de Galileo, Euler, Copérnico, de Newton, es la fe de todos los hombres superiores de todas las épocas, de los que son la honra y prez de la ciencia, de la filosofía y de la literatura.

Es verdad que hay espíritus rebeldes a la autoridad de Cristo, es verdad que ha habido sabios que se han negado reconocerle. Mas también es verdad que en castigo de su rebeldía, están condenados a la turbación, a la inquietud; muévense perpetuamente agitados, en un círculo fatal de dudas, y contradicciones, sin encontrar descanso ni claridad: porque no aceptan la soberanía de Cristo, sufren su dominio: ni siquiera pueden mostrarse indiferentes, hablan contra El; pero pasan y con ellos se extingue su palabra mas la de Jesucristo permanece eternamente.

Quereis ejemplos? Ahí teneis Loti, el novelista tan leído que no cree en nada ni en nadie y que a nadie ama... y emprende expreso el viaje a Jerusalén, llevado por esa ansia que sentía de hallar a Jesús y dirigiéndose a sus hermanos descreídos, les dice: "buscadle, vosotros también; intentadlo... puesto que fuera de él no hay nada"